

que es la música del alma. En Lisias no se encuentra este ideal sublime: ni la índole de sus obras ni la de su entendimiento lo permitian; pero si á sus sucesores les fué dado algunas veces alcanzarlo, debieronlo en parte al hombre cuya elegante precision y graciosa sencillez no pudieron superar, teniendo que seguir la senda que primero trazara él de un modo cierto; y la lengua que les dejó poseía ya las cualidades mas esenciales al digno instrumento de la grandilocuencia. Solo faltó nutrir mas aquella elocuencia algo descarnada, y distribuir matices mas ricos y brillantes sobre aquella tinta suave y uniforme que en todo estaba repartida por igual. Dionisio de Halicarnaso compara las obras de Lisias con aquellas pinturas antiguas que carecian de los recursos de un arte mas adelantado, y no ofrecian aun la variedad de los colores, los efectos de luz y de sombra, ni la ciencia del colorido y de la perspectiva, pero que sin embargo admiraban por la correccion irreprochable del dibujo y la inimitable pureza de los contornos. O bien le recuerdan el talento ya delicado y gracioso del escultor ateniense Calámis, que pronto fué eclipsado por la flexibilidad mas entendida y la majestad mas valiente de Fídias. » Parécenos que no hay contradiccion alguna entre lo que acabamos de copiar y lo que mas arriba hemos dicho. En todo caso, para nosotros es una verdadera satisfaccion la de poder ofrecer al lector esta página tan sólida como interesante.



CAPÍTULO XXIX.

Jenofonte.

VIDA DE JENOFONTE.—JENOFONTE ESCRITOR.—OBRAS DE JENOFONTE.—TRATADOS FILOSÓFICOS, DIÁLOGOS, ETC.—COMPOSICIONES HISTÓRICAS.—ELOCUCIÓN DE JENOFONTE.

Vida de Jenofonte.

En el anterior capítulo hemos hablado de hombres en quienes ejerció Sócrates un influjo mas ó menos directo: hé aquí uno que fué su discípulo leal y adicto, su panegirista, y que merced á Sócrates fué un valiente, un filósofo, un varon de clarísimo entendimiento, un escritor grave, útil, exento de todos los defectos que á la sazón apreciaba el vulgo, si no dotado de un verdadero ingenio. Queremos hablar de Jenofonte, autor de tantas obras tan diversas y con tanta justicia estimadas.

Jenofonte, hijo de Grilo, nació en Erquia, aldea de Atíca, por los años de 445 antes de nuestra era. A los diez y ocho comenzó á seguir las lecciones de Sócrates, y pasó muchos siendo uno de sus oyentes mas asiduos. En 424, salvóle Sócrates la vida en la batalla de Delium. Impelido del espíritu aventurero y del deseo de instruirse, Jenofonte se puso á viajar á la edad de mas de treinta años, y acabó por entrar á servir á Ciro el Joven. Despues de la batalla de Cunaxa, dirigió la retirada del ejército de los Diez Mil, cuyos principales jefes habian perecido. Cuando entró en Aténas, Sócrates acababa de espirar. Jenofonte ya habia publicado algunos opúsculos: la muerte de su querido maestro

decidió su vocacion de escritor. Compuso la *Apología de Sócrates* y la interesante coleccion de las pláticas del filósofo, intitulada *Memorias de Sócrates*, nueva apología, mas franca y mas completa, merced á la cual se formó en breve de la inicua sentencia la opinion que merecia, quedando los acusadores de Sócrates marcados para siempre con el sello de la infamia.

Al ver la aviesa conducta de la demagogia ateniense, llenábase de amargura y disgusto el alma de Jenofonte. Este habia trabado amistad con el rey de Esparta Agesilao, cuya grandeza de carácter excitaba su admiracion; y las instituciones de la ciudad de Licurgo le cautivaban el ánimo, amigo ante todo del órden, la justicia y la sencillez. Habiendo recaido en él sospechas de laconismo, como se decia, esto es, de parcialidad por los lacedemonios, aprovechóse animosamente el primer pretexto que dió contra sí: un decreto público le prohibió el regreso así que hubo partido para reunirse con Agesilao, quien hacia la guerra en Asia. Desde entonces se consideró como á verdadero lacedemonio, y no vaciló en tomar las armas contra Atenas en las contiendas intestinas de Grecia. En 394 peleaba al lado de Agesilao en Coronea; y allí terminó su vida pública. Los espartanos le habian dado bienes en Elida, en Escilunta, cerca de Olimpia: retiróse á sus posesiones, donde vivió tranquilo hasta una edad muy avanzada, dedicándose á la agricultura y á la caza, y componiendo los libros que le han dado tan brillante nombradía. Mas de ochenta años tenia cuando los atenienses, reconciliados con los espartanos, revocaron el decreto de destierro expedido contra él; pero no parece que Jenofonte volviese nunca á residir en su patria. Habíase

casado bastante tarde, y entonces tenia dos hijos en la flor de la edad. Estos dos jóvenes combatieron en las filas del ejército derrotado en Mantinea por Epaminondas en el año 363, y uno de ellos, Grilo, pereció. Dicese que el padre estaba celebrando un sacrificio cuando le dieron la infausta nueva: quitóse la corona que llevaba en la cabeza; pero luego, al saber que Grilo habia muerto como un valiente, volvió á ponérsela sin derramar una lágrima, diciendo: «Ya sabia que mi hijo era mortal.» A pesar de ese esfuerzo de resignacion, su dolor fué profundo y duró todo el resto de su vida. Para distraerse y consolarse, se puso con mas ahinco y fecundidad que nunca á componer nuevas obras, y no suspendió sus trabajos hasta su último dia. Diz que tenia noventa años cuando escribió el tratado *de las rentas de Atica*, si empero es suya esta obrita. Murió poco tiempo despues en Corinto, en el año 355 ó 354 antes de nuestra era.

Jenofonte escritor.

Los elogios que los antiguos tributaron á Jenofonte se refieren únicamente á su estilo. Ciceron, por ejemplo, dice que este estilo es mas dulce que la miel, ó bien que las Musas hablaron por boca de Jenofonte. Quintiliano se ciñe á repetir casi lo mismo, y por toda añadidura aplica á Jenofonte las palabras de un poeta cómico respectivas á Pericles, de que sus labios eran el asiento de la Persuasion. Cierto que los escritos de Jenofonte son en general de amena lectura: sin duda lo deben á la sencillez, á la claridad de la elocucion, á la gracia no amanerada de que habla Quintiliano; pero lo deben aun mucho mas al inte-

rés ó á la utilidad de los hechos que el autor explica ó narra. Si Jenofonte hubiese pasado su vida componiendo discursos, hubiera podido tener admiradores en Atenas ó entre los aficionados al alicismo; pero en la actualidad apenas se le leería, pues no ardía en él la llama sagrada sin la cual no hay oradores. No carecía Jenofonte de imaginación, pero de aquella imaginación que solo conviene á los géneros templados. Era casi todo razon, digámoslo así, y esta razon se animaba bastante para no ser fria; pero jamás conoció Jenofonte la pasión y el entusiasmo. En el último capítulo del tratado *de la Caza* describió él mismo, mucho mejor que todos los críticos antiguos ó modernos, el carácter particular de su estilo y de sus obras. En vez de discurrir, despues de tantos otros, sobre calidades que no nos son enteramente perceptibles, traduciremos esa por muchas razones curiosa página, en la cual se halla la opinión personal de Jenofonte sobre los sofistas que nos han ocupado.

«Extraño que esos hombres llamados sofistas pretendan casi todos guiar á los jóvenes á la virtud, mientras les encaminan al vicio. Pues aun no hemos visto á nadie que los sofistas del dia hayan hecho hombre de bien; ni ellos mismos publican escritos cuya lectura pueda hacer hombres virtuosos. Casi siempre han compuesto obras fútiles, buenas no mas para entretener inútilmente á la juventud, en las que la virtud no tiene cabida. Los que esperaban en vano hallar en ellas alguna enseñanza sólida, pierden el tiempo leyéndolas: ya no tienen aficion á los estudios provechosos, y aprenden cosas malas. Reprocho fuertemente á los sofistas tan graves daños. Tambien les vitupero porque

atestan sus escritos de expresiones rebuscadas, y nunca de buenos pensamientos capaces de inspirar la virtud á los jóvenes. Por mi parte, soy un hombre vulgar; pero sé que la primera instruccion moral viene de la misma naturaleza: despues de ella, se ha de consultar á los hombres verdaderamente sábios é ilustrados, y no á los que solo conocen el arte de engañar. Tal vez mi estilo está desnudo de elegancia. No envidio tal dote; pero deseo trazar las lecciones necesarias á los que aprenden á ser virtuosos: y no son las palabras las que pueden instruir, sino los pensamientos, si son buenos. Otras muchas personas vituperan á los sofistas del dia, pero no á los filósofos, porque agotan su industria en las palabras y descuidan los hechos. Sé que sus escritos están bien compuestos y con método: por lo cual no les costará trabajo notar al punto mis defectos. Por lo demás, yo escribo para ser verídico; no para hacer sofistas, sino sabios y hombres de bien. Quiero que mis obras sean útiles, y no solamente que lo parezcan; pues quiero que nadie pueda nunca echar por tierra sus principios. Los sofistas, por el contrario, solo hablan y escriben para engañar y enriquecerse; y á nadie son de utilidad alguna. Que jamás hubo ni hay ahora un solo sábio entre ellos: muy bien está que se les llame sofistas, título denigrativo, á lo menos á los ojos de los hombres sensatos.»

El estilo de Jenofonte no es artificial como el de los sofistas, ni artísticamente trabajado como el de Tucídides. No decimos que carezca absolutamente de arte; pero este es latente, por decirlo así: el escritor no atiende al efecto; aplícase tan solo á exponer con claridad su pensamiento, á manifestarlo íntegro, á deslindar bien su capacidad y magnitud.

El arte de Jenofonte consiste en decirlo todo, y no en hacer adivinar algo; en seguir exactamente las deducciones, y no en sorprender el asenso; en elegir los giros y expresiones mas naturales y no mas brillantes, y en colocar los términos, no segun su valor pintoresco ó musical, sino con arreglo al uso comun y á la índole de la lengua.

Obras de Jenofonte.

Jenofonte supo tener conciencia de la naturaleza de su talento y reducirse voluntariamente al papel de escritor práctico, por lo cual no podemos menos de felicitarle muy de veras. Sus obras mas medianas, las en que se mostró con frecuencia inferior á sí mismo, la *Apología de Sócrates*, por ejemplo, y el *Elogio de Agesilao*, son precisamente las en que quiso tomar á veces un tono mas elevado y llegar á la dignidad oratoria; pero, á Dios gracias, casi siempre acertó á medir su tarea con sus fuerzas. No todos sus libros son obras maestras; mas tampoco hay ninguno que sea una obra sin precio. Jenofonte es algo mas que un hábil fraseólogo: es hombre de experiencia y gusto, que redacta las lecciones que ha oido, refiere los sucesos que ha presenciado ó que ha oido contar, comunica las observaciones que ha hecho sobre los caballos, sobre la caza, sobre hacienda, sobre política, sobre mil asuntos; es un polígrafo casi universal, que escribe, no para que hablen de él, ni por un vil lucro, sino para ilustrar á los hombres y mejorarles. Eso es lo que eterniza sus escritos, hasta los mas exiguos, porque dejó mas ó menos en cada uno de ellos una partícula de su alma.

Tratados filosóficos, diálogos, etc.

La obra mas preciosa y, sin disputa, la mas viva de Jenofonte, es la coleccion de las conversaciones de Sócrates, las *Memorias* de que en otro lugar hemos citado un pasaje. No se crea que el autor se toma-se mucho trabajo para disponer sus partes en un orden satisfactorio, ni para reproducir en toda su verdad dramática las escenas en que Sócrates es el principal actor. Entre las conversaciones que anteriormente habia redactado, limitóse á elegir las que mas se prestaban á la apología de las doctrinas de su maestro, añadiendo algunas reflexiones para que resaltara mas el sentido de las acciones ó de las palabras de Sócrates; luego lo puso todo en un orden tal cual, poco mas ó menos, y lo dividió en cuatro libros. Acúsase á Platon de haber dado á Sócrates mas talento del que tenia: Jenofonte, por el contrario, le quitó algo. Cierito que el verdadero Sócrates tenia mas imaginacion, mas sutileza y mas gracia que el de las *Memorias*; pero esta imágen es fiel, aunque notablemente descolorida: siempre es Sócrates, esto es, el hombre mejor y mas amable. Jenofonte ha hecho mas que justificar á Sócrates, le ha hecho amar.

La *Apología* es una composicion muy corta, semioratoria, semipolémica, que no puede compararse con la menor conversacion de las *Memorias*. El *Económico* y el *Banquete* son dos diálogos soeráticos, el primero sobre la administracion doméstica y la agricultura, y el segundo sobre varios puntos de moral. El *Hieron* es un diálogo entre el tirano Hieron y el poeta Simónides: es el paralelo del tirano y del simple ciudadano, con sesudas observaciones sobre el arte

de gobernar á los hombres. Estos diálogos, donde Jenofonte puso mas original suyo que en las *Memorias*, y tambien los tratados políticos sobre las *Constituciones de Esparta y Atenas* y sobre las *Rentas de Ática*, bastan para colocar á su autor entre los filósofos moralistas, no en primer lugar, del que dista bastante, sino en un lugar muy honroso aun.

Otros tratados, de un género muy diferente de aquellos, la *Equitacion*, el *Jeje de caballería*, la *Caza*, son tal vez los que contienen mas ideas originales, y los que dan mas pruebas de la fecunda imaginacion de Jenofonte. Recibióse de maestro en las artes cuyos principios trazaba, y los describió con maestría, con amor. Por desgracia, todo ha cambiado despues, desapareciendo casi por completo el interés práctico de estas tres obras; y por otra parte, son de una índole muy especial para que nos aventuremos á decir todo el bien que nos atrevemos á pensar de ellas.

Composiciones históricas.

El libro que ha valido á Jenofonte la reputacion de que goza como historiador, su obra maestra á buen seguro, es el *Anabase*, ó sea el relato de la expedicion de Ciro el jóven al Asia Superior, y de la retirada de los Diez-Mil. Jenofonte estaba con ellos casi por casualidad, como él mismo lo dice: pero despues de la muerte de los caudillos del ejército griego, fué uno de los cinco nuevos jefes que se eligieron y que mandaron la inmortal retirada. La narracion es exacta, circunstanciada, metódica y suficientemente animada. La obra está bien compuesta, y el interés se sostiene del principio al fin de los siete libros en que se halla dividida. No contiene esas que podrian llamarse páginas brillantes.

Los retratos, incluso hasta el de Ciro, están hechos con sencillez y sin mucha galanura, no contrastando con el colorido general de la obra. Las arengas casi no son mas que lo que en realidad serian: exhortaciones, consejos y explicaciones, segun lo requerian las circunstancias y las costumbres de un ejército compuesto de voluntarios. Tampoco se olvida el historiador de describir minuciosamente los países que ha atravesado, ni de trazar cuadros completos de las costumbres y del carácter de sus moradores: bástanle algunos rasgos, solo aquellos que el lector necesita saber para comprender la índole de los obstáculos que los Diez Mil hubieron de superar. Lo que mas encanta es la modestia del narrador, que tanto contribuyó á la salvacion de sus hermanos de armas, es su valor, su indomable perseverancia; es la no afectada piedad que siempre le hace ver presente cierta providencia divina, y le hace atribuir ingénuamente á alguna inspiracion celeste las generosas y enérgicas resoluciones que le dictaba la heroicidad de su corazon. El hombre fué grande en terribles coyunturas: el historiador no se mostró indigno del hombre.

Habiendo publicado Jenofonte la obra de Tucídides, escribió su continuacion hasta la batalla de Mantinea. Las *Helénicas*, que tal es el título de esta historia, dividida en siete libros, casi carecerian de importancia á no ser la escasez de noticias en que nos hallamos con respecto á aquel medio siglo, cuyo vacío llenan poco mas ó menos. Es una relacion incompleta, no muy coherente y por lo comun poco imparcial, en la que no siempre se echa de ver el talento, si no la mano, del autor del *Anabase*. Requíerese mas que buena voluntad para hallar en ella, como algunos, algo que re-

cuerte la elocucion de Herodoto y su método. Herodoto no hubiera desflorado tan someramente unos sucesos como la paz de Antálcidas y la batalla de Egos-Potamos; ni menos se hubiera olvidado, como lo hace con frecuencia el historiador, de los gloriosos nombres de Pelópidas, Epaminondas, Conon y Timoteo. Es bien decir que Jenofonte, á los ochenta años cumplidos, con sus preocupaciones políticas y en un retiro donde le harían alguna falta los medios de adquirir noticias, no estaba á la altura de una tarea que hubiera exigido importantes investigaciones, un juicio firme y casi intrépido, alguna suavidad para los buenos, alguna dureza para los malos, Tucídides en fin, con su sed de lo verdadero y su alma poderosa. No se crea que la debilidad de la edad se haga notar mucho por la flaqueza del estilo: todavía se advierte á veces la narracion de Jenofonte, amena, varia, llena de naturalidad y gracia, y todavía la diction del que era considerado como el prosador ático mas delicioso. Pero en un asunto de tal magnitud se trataba de algo mas que de relatos bien hechos y de buen estilo.

Jenofonte no trabajaba ya muy á su gusto cuando escribia el *Agesilao*, aunque esta obra fuese el elogio de un amigo y la relacion de una vida que él sabia muy bien. El tono oratorio no le sienta mas que medianamente; por otra parte, este panegirico, por mas verdadero que fuese en el fondo, ofrecia muchas ocasiones de ofender la verdad de la historia, la verdad verdadera, y esto es lo que hizo Jenofonte varias veces, no á sabiendas, sino por efecto de sus preocupaciones laconienses.

La *Ciropedia*, obra tambien de los últimos años de Jenofonte, es sin embargo la en que mas desplegó los recursos

de su ingenio, los encantos de su narracion y estilo. Como lo indica el título, es el relato de la educacion del gran Ciro y la historia de su vida; pero en este relato y en esta historia la ficcion ocupa infinitamente mas espacio que la realidad. Es una como novela histórica en ocho libros, donde personajes y episodios, si bien muy interesantes, no concuerdan mucho con los datos mas ciertos que poseemos sobre los acaecimientos que perturbaron el mundo oriental en el siglo VI, y sobre el carácter de los hombres que en aquellas revoluciones figuraron. Mas quiso Jenofonte dar lecciones de política y moral á sus contemporáneos, que narrarles los hechos y proezas de Ciro y su pueblo. Así es que trasformó á los bárbaros en hombres compleiamente cultos, en sábios, en filósofos. Los persas de la antigüedad son cierto ideal que él presenta á la admiracion y á las meditaciones de la Grecia degenerada. Ciro es el retrato no menos ideal del hombre digno de mandar á hombres. Con todo, á pesar de los atractivos de esta singular produccion, no podemos menos de sentir que Jenofonte, que tan á fondo conoceria la Persia y sus anales, no escribiese sencillamente la historia auténtica de la vida y de las conquistas de Ciro.

Elocuencia de Jenofonte.

Si Jenofonte hubiese seguido como Lísias la profesion de orador, hubiera tenido en la posteridad la suerte de Lísias. Hoy ya no se le leeria, no porque sea tan extraño á la verdadera elocuencia como el hijo de Céfalo, sino porque en nuestro sentir no tenia la vehemencia ardorosa ni el entusiasmo arrebatado sin los cuales los discursos mas trabajados, los grandes discursos oratorios, no son mas que polvo

y ceniza. Con todo, su alma proba, llena de amor á lo bueno y lo bello, halló á veces acentos patéticos para afean las acciones bajas y los pensamientos culpables, y enaltecer el heroísmo y la virtud. En alguna breve arenga se elevó á la elocuencia, dejando hablar sola á su indignacion contra los cobardes. Véase por ejemplo con qué energía rechaza en el *Anabasi* la proposicion que á los griegos hacia el beocio Apolónidas. Segun el pusilánime corazon de este, no habia mas salvacion para los Diez Mil, despues de la traicion de Tisafernes, que rendirse á Artajerjes é implorar su clemencia: « ¡Oh extrañísimo personaje! exclama Jenofonte; pues qué! no comprendes lo que ves, no te acuerdas de lo que oyes! Y sin embargo con nosotros estabas cuando el rey, despues de la muerte de Ciro, engreido de su buena suerte, envió á intimarnos que depusiéramos las armas. En vez de deponerlas, cubrimonos con ellas, y fuimos á plantar nuestras tiendas cerca de él. ¿Qué respondió á esa provocacion? ¿Qué no hizo para obtener la paz? Envio diputados, solicitó nuestra alianza y nos suministró víveres hasta que se ajustó el tratado. Despues nuestros generales, nuestros caudillos, fiados en la fe del tratado, fueron sin armas á conferenciar con ellos, como nos aconsejas que lo hagamos otra vez. ¿En qué estado se hallan ahora? Malparados, heridos, cubiertos de ultrajes, los infelices no pueden obtener la muerte, que imploran sin duda como un beneficio. Sabes todo eso, y tratas de habladores frívolos á los que aconsejan la defensa; y propones que vayamos de nuevo á suplicar al rey! Mi dictámen, soldados, es que se rechace á ese miserable de nuestras filas, que se le exonere de su grado, que se le pongan los bagajes á cuestas, y que se le haga escudero: un griego vil hasta

tal punto es el oprobio de su patria, el oprobio de la Grecia entera (4).»

CAPÍTULO XXX.

Platon.

ESCUELA DE SÓCRATES.—VIDA DE PLATON.—INGENIO DRAMÁTICO DE PLATON.—EL FEDON.—DIÁLOGOS CONTRA LOS SOFISTAS.—EL BANQUETE.—LA REPÚBLICA Y LAS LEYES.—VARIEDAD INFINITA DE LA OBRA DE PLATON.—ESTILO DE PLATON.

Escuela de Sócrates.

De todos los puntos de Grecia, de todos los países habitados por los griegos, habian acudido en torno de Sócrates jóvenes ávidos de instruccion, ú hombres á quienes no satisficieran los sistemas de los filósofos especulativos, ni los relumbrantes é inmorales absurdos de los sofistas. Casi todos los discípulos de Sócrates se concretaron á cultivar la sabiduría de igual modo que su maestro, y fueron socráticos puros. Otros, mas ambiciosos, tomaron direcciones particulares, y permaneciendo fieles al método de Sócrates, fundaron escuelas originales, que no dejaron de alcanzar influjo y gloria. Los mas, socráticos ó jefes de escuela, dejaron escritos; los mas tambien fueron apreciados entre los antiguos por su talento literario, como Criton el honrado y leal, el tebano Simias, Glaucon de Atenas, el zapatero Simon, Esquino el filósofo, Cébes, Aristipo, Euclides de Megara, etc. Las obras de estos escritores han perecido, y las que á veces se publican con el nombre de Esquino, de Simon y de Cébes, son tan medianas que apenas merecen que

(4) Jenofonte, *Anabasi*, lib. III, cap. I.